



Plutarco Bonilla A.

Un leproso se acerca a Jesús

(Mateo 8.1-4; Marcos 1.40-46; Lucas 5.12-15)

Una nota preliminar

Traducciones castellanas de la Biblia, como la conocida Reina-Valera, en sus diversas revisiones, han traducido por “lepra”, en las Escrituras hebreas (o Antiguo Testamento), el término que, obviamente no puede limitarse al significado propio que esa palabra tiene en nuestro idioma. Esto es evidente a partir de las explicaciones que el propio texto nos ofrece. En efecto, este habla, por ejemplo, de mancha como de lepra “ya sea en vestido de lana o de lino, o en urdimbre de lino o de lana, en cuero, o en cualquier objeto de cuero” (Levítico 13.47) y de lepra en casas (Levítico 14.34 ss.).¹ En la legislación levítica se consideraba que el moho, tanto en casas como en artículos de tela o de cuero, tenía algunas de las características visibles de la lepra y, por tanto, se asimilaba a esta. De ello se deduce que la palabra traducida por “lepra” tenía un sentido mucho más amplio que el que tiene para nosotros (y que conocemos más específicamente como “la enfermedad de Hansen”). Muy probablemente, esas manifestaciones externas, unidas a la dificultad para erradicar de manera definitiva lo que las causaba y al hecho de que se extienden inexorablemente, hicieron que ese moho fuera considerado también como lepra. Según estudiosos del tema, la palabra hebrea que se usa en el texto bíblico ni siquiera podría incluir la lepra propiamente dicha, por dos razones principales: por una parte, porque uno de los efectos más característicos de la lepra en la piel ni siquiera se menciona en la legislación levítica; y, por otra, porque, según los testimonios existentes, al parecer la lepra no existía en la región en aquella época, pues aparecerá posteriormente, en el período de las conquistas de Alejandro Magno.

Cuando el texto hebreo fue traducido al griego, en la Versión de los Setenta (o Septuaginta), la palabra se vertió a esa lengua por el término equivalente: *lepra*.

Respecto del Nuevo Testamento, los especialistas han señalado que la misma palabra se usaba para referirse a diversas enfermedades cutáneas, según fueran sus manifestaciones visibles. Sin embargo, las referencias a los leprosos (*leproi*) que encontramos en los Evangelios sinópticos parecieran indicar que no hay que descartar que debamos tomarlas en su sentido primario, o sea, de lo que hoy conocemos como lepra, o, cuando menos, de alguna seria enfermedad de manifestaciones dérmicas muy parecidas y de igual resistencia a su curación.

De todas maneras, cualquiera que haya sido el mal que padecían esas personas, estaban sometidas a las exigencias de la legislación establecida en los textos sagrados a los que nos hemos referido. Esto debe tomarse en cuenta para una mejor comprensión de relatos evangélicos como este al que dedicamos el presente escrito.

1. El texto de los relatos

El relato del milagro combinando los tres registros sinópticos²

¹Los textos bíblicos se han tomado de la traducción patrocinada por la Sociedad Bíblica de España y conocida como *La Palabra-El mensaje de Dios para mí*, 2011 (citada con las siglas LP). Cuando se cite de alguna otra traducción, así se hará constar.

²Lo que se ha escrito entre corchetes se ha añadido como marcador narrativo.

Al bajar Jesús del monte lo seguía mucha gente. [Y sucedió que] en uno de los pueblos por donde él pasaba, un hombre, cubierto de lepra, al verlo se le acercó, se puso de rodillas y, rostro en tierra, le suplicó:

—Señor, si quieres, puedes limpiarme de mi enfermedad.

Jesús, conmovido, extendió la mano, lo tocó y le dijo:

—Quiero, queda limpio.

Al instante le desapareció la lepra y quedó limpio. Acto seguido, Jesús lo despidió con tono severo y le advirtió:

—Mira, no le cuentes esto a nadie, sino ve, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda prescrita al efecto por Moisés. Así todos tendrán evidencia de tu curación.

Pero él, en cuanto se fue comenzó a proclamar sin reservas lo ocurrido; y como la noticia se esparció con rapidez, la fama de Jesús se extendió cada vez más y eran muchos los que acudían a escucharlo y a que los curase de sus enfermedades. Jesús ya no podía entrar libremente en ninguna población, sino que debía permanecer fuera, en lugares apartados. Y se retiraba a lugares solitarios para orar. Sin embargo, la gente acudía de todas partes.

*El relato de Marcos, breve, pero el más extenso de los tres, tiene en el texto griego una peculiaridad digna de mención.

En el v. 41 nos encontramos en los manuscritos con un texto curioso y hasta intrigante. Dicen nuestras versiones que Jesús fue movido a compasión al ver a aquel hombre arrodillado frente a él. No obstante, hay una variante que se encuentra en un manuscrito importante y en viejas traducciones latinas que dicen, más bien, que Jesús *se enojó*. ¿Se enojó Jesús o simple y sencillamente tuvo misericordia de aquel pobre desgraciado? Y si se enojó, ¿con quién se enojó?, ¿cuál fue la razón de su enojo?³

*La narración que encontramos en Mateo nos ofrece un dato que no deja de ser paradójico: el relato está colocado inmediatamente después del Sermón de la montaña. De hecho, no se trata solo de una inmediatez literaria o textual (por el orden de la información que se ofrece). El contenido de la narración misma revela que también hay una inmediatez geográfica y cronológica, porque se nos dice que el encuentro entre el leproso y Jesús ocurre cuando Jesús y sus discípulos descienden del monte donde él había predicado (“Al bajar”). Quizás se trate de un artificio literario, pero así es como lo concibió el autor.

*No hemos de dejarnos confundir por la expresión “mucha gente” (“grandes multitudes” o “un gran gentío”, según algunas versiones), pues no ha de entenderse a partir de nuestra experiencia contemporánea (de urbes, concentraciones, marchas y manifestaciones de todo tipo, etc.), sino desde el contexto al que la narración misma pertenece (y al que pertenece el propio narrador). Una “gran multitud” en tiempos de Jesús y en los pueblos de la Galilea de la época por los que, según Marcos, Jesús había estado predicando durante aquellos días (1.39), probablemente no era siquiera una “mediana” o “regular” multitud según nuestros criterios.

No obstante lo dicho, ya sea que “la multitud” (de Mateo 5.1) o la “mucha gente” (de 8.1) estuviera compuesta por relativamente mucha o poca gente, lo cierto es que, para aquellos días, debía de tratarse de un buen grupo de personas, que no estaba constituido tan solo por el

³De las varias versiones que hemos consultado, la *Biblia de Jerusalén* es la única que vierte esta forma verbal por la palabra “encolerizado”, y en una nota solo indica lo siguiente: “Var[iante]: ‘compadecido’”. La versión *Dios habla hoy* añade una nota en la que afirma que “algunos mss. dicen *se indignó*”.

reducido núcleo de seguidores inmediatos de Jesús (los doce y algunos más), ya que otros se habían unido a ellos.

En el relato no se nos dice que Jesús se hubiera apartado de la gente para, a solas con el interesado, realizar la obra de sanación. Este que nos ocupa, en el Evangelio de Mateo, Jesús lo realiza, al parecer, en presencia de quienes lo seguían.

Y si fue así, ¿cómo se explica la orden que Jesús le dio al leproso sanado de que no se lo contara a nadie (8.4)? ¿Es posible no decirle nada a nadie cuando “mucha gente” ha sido testigo presencial de la maravillosa transformación que se había operado en aquel hombre hasta entonces marginado?

Podría objetarse que entre el versículo 1 y el 2 del capítulo 8 de Mateo no hay estricta continuidad cronológica, sino un “salto temporal”: Jesús, después de bajar del monte, pasaba por un pueblo cuando se produce el encuentro con el leproso, tal como lo narra Lucas.⁴ Concedido; pero aun así, dada la naturaleza de la enfermedad –Lucas dice que el hombre estaba “cubierto de lepra”–, ¿habría podido el exleproso ocultar su sanidad de sus familiares, amigos y vecinos? ¿Qué explicación podría haberles ofrecido? ¿Cómo obedecer la orden de “silencio”?

La explicación de ese mandato que nos parece más apropiada es que Jesús, como lo manifestó en otras ocasiones, nunca quiso que sus milagros se convirtieran en espectáculo. Los relatos de las tentaciones, tal como los encontramos en Mateo y en Lucas, muestran que aun antes del comienzo de su predicación pública de las buenas nuevas, ya Jesús había tomado la decisión de evitar la espectacularidad. Las obras maravillosas que realizaba eran indicadores que apuntaban a la presencia del Reino, que es un reino de amor. Por eso, incluso a los demonios les ordenaba callar, aunque en esos casos podrían aducirse, además, otras razones. En la presente situación –del leproso sanado–, su sanidad no la podría ocultar, pero los demás tendrían que preguntarle qué fue lo que le había sucedido...

2. Composición de lugar

Ya hemos señalado que en la presentación de Mateo se dice de manera explícita que el acontecimiento ocurrió después del Sermón de la montaña.

Marcos, por su parte, no incluye tal sermón. Coloca este milagro en un contexto más general. Al terminar el sábado y, con ello, al quedar los judíos liberados de las estrictas exigencias que observarlo requería, muchos acosan a Jesús, que estaba entonces en casa de Pedro (1.29, 33), en busca de sanidad para ellos mismos o para sus allegados (1.32); luego Jesús se aparta para orar, pero no lo dejan en paz (1.35-36). “Así recorrió toda Galilea proclamando el mensaje en las sinagogas y expulsando demonios” (1.39). Es entonces cuando se le acerca el leproso.

Lucas ubica la acción en un contexto diferente: Acababa de producirse la “pesca milagrosa” (5.1-11), relato que, a su vez, está inmediatamente precedido por el llamamiento a los primeros discípulos pescadores. Al mismo tiempo, a raíz de lo que ha pasado en la extraordinaria faena de pesca, “el temor los había invadido a él [es decir, a Pedro] y a todos sus compañeros a la vista de la gran redada de peces que habían capturado. Lo mismo les ocurría a Santiago y a Juan” (5.9-10).

Es entonces cuando Jesús va a una de las poblaciones de Galilea (que el escritor no identifica) y allí se presenta ante él, implorando misericordia, un hombre “lleno” de lepra.

⁴Tal “salto” no es raro en los escritos de los evangelistas. Véase arriba, en la combinación que hemos hecho de los tres relatos.

Realizado el milagro, Jesús rehúye, de nuevo, a las gentes, que lo siguen porque han oído de sus enseñanzas y de sus curaciones, y “se retiraba a lugares solitarios para orar” (5.16).

En la escena siguiente encontramos a Jesús en Cafarnaún. Pero los marcadores temporales de la narración son muy generales: “Cuando Jesús entró en Cafarnaún” (Mateo 8.5); “Algunos días después” (Marcos 2.1); “Un día” (Lucas 5.12). La expresión griega que usa Lucas (traducida tradicionalmente por “y aconteció”) se repite varias veces en la sección en la que se encuentra el relato que nos ocupa: 5.1, 12, 17; 6.1, 6, 12. Varias traducciones, por motivos puramente redaccionales, la vierten de diversas maneras o no la traducen (por ejemplo, en LP: “En cierta ocasión” [5.1], “Un día” [5.17], “Por aquellos días” [6.12]; sin traducción [6.6]). Así se muestra el carácter general, no definido, de la relación cronológica de los acontecimientos.

3. Contexto sociorreligioso

Las enfermedades de la piel parecidas a la lepra, y la lepra misma, no eran tan infrecuentes en la Palestina del siglo primero. Ciertamente, en el Nuevo Testamento se relatan muy pocos milagros de curaciones de leproso. Uno de esos relatos es exclusivo de Lucas: a un grupo de diez leproso Jesús los sanó a la distancia, pero solo uno de ellos regresó para expresar su agradecimiento (17.11-19).

No obstante, aparte de esos pocos relatos, algunas informaciones que nos ofrece el texto novotestamentario son significativas:

(1) Mateo especifica que cuando Jesús estableció el grupo de los doce apóstoles y los envió en misión, esta comprendía limpiar “de su enfermedad a los leproso” (10.5-42; v. 8);

(2) lo mismo hay que decir de la otra ocasión cuando comisiona a los setenta y dos discípulos (Lucas 10.9);

(3) cuando Juan, encarcelado, envía a dos de sus seguidores para averiguar si realmente Jesús era el mesías que había de venir o deberían esperar a otro, Jesús les da como prueba de su mesiazgo que ha hecho obras de sanidad. Entre estas menciona a los leproso: “...los leproso quedan limpios de su enfermedad” (Lucas 7.22; Mateo 11.4); y

(4) Marcos (14.3) y Mateo (26.6) dicen que Jesús estaba en Betania, sentado a la mesa en casa de Simón “el leproso” cuando llegó una mujer a ungir los pies de Jesús. Obviamente, Simón ya se había sanado (quizás por el toque del propio Jesús...).

A lo anterior hay que añadir que en los Evangelios se habla en términos generales de que Jesús sanaba enfermos con toda clase de dolencias, que le traían a él: Mateo 8.16; 9.35; 14.35; 15.30; y textos paralelos). También se dice que en Nazaret pudo hacer pocos milagros (Mateo 15.53-58), pero no sabemos cuáles hizo. Sin embargo, por las características de las enfermedades a las que nos referimos, las personas afectadas se encontraban en una situación de doble desventaja. Por un lado, por el simple hecho de estar aquejadas de males de difícil curación o totalmente incurables; por otro, porque la apariencia externa que les daban esas enfermedades provocaba en los demás una cierta reacción de repulsa. Además, todas ellas tenían serias connotaciones religiosas, como establecían las Escrituras, por lo que tales personas estaban consideradas impuras y, por ende, discriminadas de la sociedad. Ello acentuaba la creencia de que dichas enfermedades eran contagiosas, por lo que las demás personas tenían otra razón para rehuir las. La declaración de “impuro” imponía sobre los propios enfermos la obligación de anunciar su condición de tales, para evitar que otras personas “sanas” se les acercaran (amén de que ellos mismos tenían que mantenerse apartados). La legislación levítica era muy clara a este respecto:

El enfermo de lepra andará con sus vestidos rasgados y con el pelo de su cabeza revuelto; se cubrirá la parte inferior de su rostro y pregonará: ¡soy impuro!, ¡soy impuro! Todo el tiempo que le dure la lepra será impuro y, en cuanto impuro, tendrá que vivir aislado;⁵ su morada estará fuera del campamento. (Levítico 13.45-46)

Esta manera de ver a estos enfermos implicaba también, según se decía en la ley,⁶ que si una persona sana los tocaba participaba automáticamente de su impureza. De ahí la obligación de anunciarse, para que nadie, ni por error o inadvertencia, los tocara.

3. La sanidad

Al tomar en cuenta estos aspectos, el relato de los Evangelios adquiere, en su sencillez, sus verdaderas dimensiones.

(1) Consciente de su situación social y religiosa, el hombre *se atreve* a allegarse a Jesús, indudablemente a cierta distancia (que la tradición extrabíblica había establecido).

Se ha sugerido que los textos antiguos que dicen que Jesús estaba “enojado” se refieren al hecho de que al Señor le desagradó que el leproso se le acercara.

Aun si esa variante fuera la original, tal interpretación no casaría bien con el hecho, acentuado por los tres Evangelios que registran la historia, de que Jesús mismo extendió su mano y tocó al leproso.

(2) El atrevimiento de la *cercanía* por parte del leproso va unido a un gesto que marca la *distancia*: el hombre no solo se arrodilla sino que se inclina hasta poner rostro en tierra. Con tal gesto se hace patente que hay una clara diferencia entre quien se mantiene de pie y quien se postra ante él. Es, además, la señal de su reconocimiento de que Jesús era señor sobre su enfermedad, ya que podía sanarlo.

(3) Esta tensión entre acercamiento y distancia se manifiesta también en las palabras del propio leproso, pues se halla en medio de la duda entre el querer y el poder de Jesús. Parece que sabe que puede; no está seguro de que quiera.

En esa coyuntura, Jesús rompe la duda... con su toque, que expresa dramáticamente lo que sus palabras dicen: “Quiero, queda limpio”. Jesús se ha identificado con el leproso y, súbitamente, la lepra desaparece, se rompe la distancia y la cercanía se hace completa.

(4) Operado el milagro, y a pesar del mandato de Jesús, el hombre no puede ocultar lo que le ha sucedido. Y aquí nos encontramos con una paradoja al juntar los relatos de los tres evangelistas.

La paradoja radica en el hecho de que “algo bueno” como es contar las maravillas que había experimentado en su cuerpo por el poder de Jesús, resulta perjudicial para este. El resultado de esa “desobediencia” fue que a Jesús no lo dejan en paz ni siquiera cuando se aleja a lugares apartados para orar.

Pero valió la pena...

Addendum

⁵El período de aislamiento durante el cual se le consideraba impuro variaba según fuera el caso, de acuerdo con la evolución de las manifestaciones cutáneas. El sacerdote, después de examinar al enfermo, debía hacer la declaración y estipular los ritos de purificación a los que debía someterse la persona, tal como lo establecía la legislación (véase Levítico 14).

⁶Véase Levítico 5.2-3.

La curación del leproso en clave parabólica (según el relato de Mateo 8.1-4)

El relato de milagro puede ser leído también como parábola. No se trata de una u otra forma de acercarse al texto, sino de una y otra forma de intentar “exprimir” sus posibles significados *para el lector*. A continuación tomamos el texto de Mateo 8.1-4 como si se tratara de una parábola contada por algún discípulo del propio Jesús, y lo hacemos desde una perspectiva concreta: lo referimos a las tensiones que son propias de la vida del seguidor del Maestro galileo. Tales tensiones las vemos reflejadas en los diversos datos que nos ofrece el relato de Mateo: *el monte y la llanura; *muchos y uno; *querer y poder; y *separación y contacto.

1. El monte y la llanura

“Al bajar Jesús del monte...” (v. 1)

Acontecimientos muy significativos para la historia de Israel ocurrieron, según cuentan las Escrituras hebreas (el Antiguo Testamento), en diversos montes:

*En uno de ellos (Moria), Abrahán fue a sacrificar a su hijo Isaac, conforme a lo que Dios le había ordenado (Génesis 22).

*En los textos que narran la trayectoria que siguieron los israelitas desde la salida de Egipto hasta la conquista de la tierra prometida, se mencionan varios montes. Sin duda, el más significativo es el monte (Sinaí) adonde sube Moisés en repetidas ocasiones para encontrarse con Dios y para recibir las tablas de la Ley (Éxodo 19ss).

*Elías se enfrenta en un monte (Carmelo) a los profetas de Baal y provoca una particular manifestación del poder de Dios (1 Reyes 18).

Y si pasamos al Segundo o Nuevo Pacto (el Nuevo Testamento), también ahí encontramos algo muy similar:

*Jesús sube a un monte para pronunciar el bien conocido “Sermón de la montaña” (Mateo 5-7).

*A un monte (conocido como “el de la Transfiguración”) sube Jesús con tres de sus discípulos y ante ellos aparece transformado y conversando con Moisés y Elías (Marcos 9.2-13 y paralelos).

*Y a otro monte (el de la Calavera o Gólgota) llevan a Jesús para que allí fuera finalmente ejecutado (Marcos 15.21ss y paralelos).

Estos datos le dan al monte una rica polisemia metafórica, pues el monte se transmuta en símbolo:

- *de la obediencia radical frente a las demandas divinas;
- *del encuentro con Dios y de la espiritualidad;
- *del poder y de la provisión de Dios;
- *del amor de Dios.

Por el contrario, la llanura se centra en el ser humano, y se convierte en símbolo, también plurisignificativo:

*de su vida cotidiana (“Después Abrahán regresó al lugar donde estaban sus criados y partieron juntos hacia Berseba, donde Abrahán se quedó a vivir”: Génesis 22.19);

*de la impaciencia, de la desobediencia al mandato divino y de la idolatría (el becerro de oro: Éxodo 32);

*de las luchas humanas y del miedo (1 Reyes 19);

*del encuentro con el prójimo necesitado (Mateo 8; Marcos 9.14ss)

*de las grandezas y miserias del ser humano (Marcos 10.35ss).

La gran tentación es querer vivir siempre en la montaña: “Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Hagamos tres cabañas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Pero el relato agrega: “Es que [Pedro] no sabía lo que decía, porque estaban aterrados” (Marcos 9.5-6).

El seguidor de Jesucristo debe subir a la montaña con su Señor, pero no para quedarse allí, sino para bajar después a la llanura...

2. Muchos y uno

“...lo seguía mucha gente. En esto se le acercó un leproso...” (v. 2)

Jesús acaba de predicar un sermón a una multitud. Esta lo escuchaba arrobada. De hecho, desde que inició lo que conocemos como su “ministerio público”, a Jesús lo buscaba y lo seguía mucha gente, atraída por el poder de su enseñanza o por las maravillas que realizaba:

Todos quedaron asombrados hasta el punto de preguntarse unos a otros:
—¿Qué está pasando aquí? Es una nueva enseñanza, llena de autoridad.
Además, este hombre da órdenes a los espíritus impuros, y lo obedecen. (Marcos 1.27)

A todo personaje público con toda seguridad le agrada que lo sigan “multitudes”. De hecho, se convierte en “público” porque considera que tiene una misión, cualquiera que esta sea, que estima que es de interés para la población a la que la dirige. Jesús no fue una excepción. Desde el principio se dedicó a proclamar las buenas nuevas del reino (o reinado) de Dios, y debió considerar que cuantas más personas lo escucharan, tanto mejor.

Pero, frente a las multitudes pueden asumirse diversas actitudes. Una de ellas es querer que vayan siempre en aumento, a toda costa. Y normalmente para conseguirlo basta con que el mensaje que se les anuncie sea algo “agradable a sus oídos”.

Por lo que leemos en los relatos de los Evangelios, y especialmente tomando en cuenta que en el caso de Jesús su misión no se limitaba a las palabras sino que estas iban siempre acompañadas de acciones significativas (sobre todo, actos de sanación), al Maestro galileo lo seguían entusiasmados los muchedumbres. Tanto, que en más de una ocasión hasta parece que se olvidaron de la hora de la comida..., lo que dio ocasión para que se produjera el milagro que llamamos de “la multiplicación de los panes y los peces”. Y este predicador itinerante hablaba, además, con autoridad (Marcos 1.27).

Pero las historias que nos cuentan los evangelistas dejan bien claro que Jesús nunca se dejó arrebatar por el entusiasmo popular, ni siquiera en aquel cuasi apoteósico acontecimiento que conocemos como “la entrada triunfal”. Ese hecho de dominar la situación y no ser dominado por ella explica algo excepcional, que no suele ser muy común entre los personajes públicos de nuestros tiempos (y, probablemente, de todos los tiempos): capturados por el entusiasmo de sus seguidores, tales personajes se mueven “en olor de multitudes” y se vuelven insensibles y sordos ante el clamor de personas individuales necesitadas.

No sucedía así con Jesús: el ruido de la multitud nunca le impidió prestarle atención al clamor de una sola persona. Por eso, aunque lo seguía mucha gente, hizo un alto en el camino para atender la petición de una sola persona, que, además, estaba llena de lepra.

Pero hay otra dimensión de este hecho que debe destacarse: Jesús inició su ministerio anunciando un mensaje que no era individualista, aunque requiriese respuestas personales. En efecto, la imagen de un reino o de un reinado es una imagen colectiva. Cuando Jesús llama a sus seguidores, los llama a que se unan a él, como colaboradores suyos, en el establecimiento

de una comunidad humana en la que se practique la misericordia y la justicia. De ahí la exigencia, que encontramos a lo largo de toda la Biblia, de cuidar del pobre, del huérfano, de la viuda y del extranjero, o sea, de todos aquellos que en las sociedades antiguas no contaban con nadie que los protegiera. En el meollo de la predicación de Jesús había una bien definida dimensión social. Por eso se dice también que Jesús veía a las multitudes que andaban como ovejas sin pastor (Mateo 9.36). No obstante, la visión del conjunto nunca obnubiló la percepción de las unidades que componían ese conjunto. La visión del rebaño incluía el conocer a cada una de las ovejas “por nombre” (Juan 10.3), como el buen pastor que siempre fue y sigue siendo.

La satisfacción que pudo haber sentido Jesús al verse seguido por mucha gente cuando bajó del monte no fue óbice para que le prestara atención a un solo hombre que, en su desgracia, viene a implorarle una obra de misericordia. Y pone entre paréntesis, por así decirlo, a esa “mucha gente”, casi como si por el momento se olvidara de ella.

La historia que comentamos no es el único ejemplo de esta actitud de Jesús. Entre los otros casos, hay uno, registrado por los tres Evangelios sinópticos, que resulta, en su trama, aún más significativo, si cabe. “En el camino que sube hacia Jerusalén, Jesús iba delante de sus discípulos”..., y “llamando de nuevo a los Doce, se puso a hablarles de lo que estaba a punto de sucederle” (Marcos 10.32). Luego van a Jericó. Y cuando “salía de allí acompañado de sus discípulos y de otra mucha gente, un ciego... estaba sentado junto al camino pidiendo limosna” (v. 46). Al enterarse de que era Jesús quien pasaba, el ciego gritó pidiendo compasión. La gente (“los que iban delante”, especifica Lucas) le mandaron que se callase, pero él gritaba con más fuerza. “Entonces Jesús se detuvo” y ordenó que llevaran al hombre a su presencia. Jesús lo sana, con el poder de su palabra. Los tres evangelistas incluyen el dato, muy importante en todo el contexto del relato, de que el ciego se unió a la comitiva “y siguió a Jesús por el camino” (Marcos 10.52). No era cualquier camino. Era el camino final hacia Jerusalén.

¿Y nosotros hoy? ¿Estamos interesados solo por “el conjunto”? ¿o solo por “el individuo”? ¿Nos preocupan los males sociales? ¿o solo los pecados personales? Jesús vivió en la tensión entre esas dos posiciones... sin eliminar ninguno de los extremos.

3. Querer y poder

“...y le dijo: –Si quieres, puedes limpiarme de mi enfermedad” (v. 2).

Y con esas palabras, el leproso vacía ante Jesús su angustia existencial.

Indudablemente ya había oído hablar de las obras asombrosas que Jesús venía realizando en medio de su pueblo. De otra manera no podría entenderse esta conmovedora escena. Sabía ya del poder de Jesús. Quizás ya habría recibido noticias de la curación de otro u otros leprosos.

Muchas personas que se acercan a Jesús ante situaciones concretas de extrema necesidad pueden encontrarse en una coyuntura semejante. Esta puede verse agravada, con frecuencia, por la utilización –desde nuestros púlpitos o en conversaciones grupales o personales– de textos bíblicos aislados que parecieran indicar que si uno tiene fe puede conseguir todo lo que pida. ¿No dijo el propio Jesús que todo lo que pidamos en su nombre nos lo concederá? ¿No dijo, además, que si dos o tres se ponen de acuerdo para pedir con fe, también sus oraciones serían contestadas positivamente? (Juan 14.13-14 y Mateo 18.19).

Cierto, así está escrito. Y podrían aducirse más textos. Pero... ¿es eso lo único que leemos en la Biblia sobre este tema?

No; no es eso lo único que encontramos ahí.

No hay “respuesta automática” a la oración. Puesto que somos seres humanos, podemos depositar nuestra fe confiando en que Dios nos concederá lo que le pidamos..., pero puede ser

que eso que pidamos no siempre sea la voluntad divina. Lo experimentó el propio Jesús en el Getsemaní, donde, por cierto, su oración tiene cierta semejanza con la del leproso: “Padre mío, si es *posible*, aparta de mí esta copa de amargura”. Y de inmediato añade: “pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que *quieres* tú” (Mateo 26.39).

Por eso, la oración que Jesús les enseñó a sus discípulos es clara y categórica a este respecto. Hemos de orar a Dios, nuestro Padre, diciéndole: “Hágase tu voluntad en la tierra lo mismo que se hace en el cielo” (Mateo 6.10). En la oración no se trata, en el fondo, de que Dios haga lo que nosotros queramos, sino que nosotros descubramos qué es lo que Dios quiere, cuál sea su voluntad.

Muchas veces le pedimos a Dios que nos resuelva situaciones que son consecuencias naturales de nuestras propias irresponsabilidades; pero hay causas que producen irremediablemente sus propios efectos. Con frecuencia, nosotros mismos ponemos las causas y luego queremos que Dios anule los efectos.

En este sentido, el leproso que se allega a Jesús muestra la transparencia de su fe: él sabe que Jesús puede sanarlo de su enfermedad. Pero... en su situación concreta, ¿sería su voluntad limpiarlo de la lepra? ¿Habría sabido aquel hombre lo que Jesús había dicho a los habitantes de Nazaret después de predicar allí su primer sermón?: “Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue curado de su lepra, sino Naamán el sirio” (Lucas 4.27).

“Si quieres...”.

Y Jesús quiso.

Las palabras del leproso provocan también otra reflexión paralela: frente a las muchas necesidades que hay en el mundo (o, mejor, frente a los muchos necesitados que vemos incluso a nuestro alrededor) hay quienes quieren ayudar y no pueden; y hay otros que pueden, pero no quieren...

Los segundos son los indiferentes al dolor y a las necesidades de los demás. Su interés se centra en ellos mismos y en sus posesiones, como sucedía con el joven de la historia evangélica que tenía muchas riquezas y por eso no siguió a Jesús; o con el Epulón de la parábola, a quien no le importaba la miseria y el sufrimiento del pobre Lázaro.

Quienes quieren y no pueden se frustran y pueden caer en la desesperación... o deciden luchar con ahínco no solo para superar la frustración sino, sobre todo, para hacer que al querer se le vaya añadiendo, aunque sea muy lentamente y en gestos minúsculos, el poder. Hay una gran verdad en el dicho que afirma que quien quiere, puede. Porque quien de verdad quiere y no puede se esfuerza para llegar a poder... incluso tratando de descubrir y de convencer a aquellos que pueden... para que quieran. La historia está llena de ejemplos de uno y otro caso. Especialmente los vemos en situaciones de grandes crisis...

Los primeros discípulos de Jesús fueron hombres sin poder. Pero Jesús los invistió del que necesitaban para seguirlo. El propio Señor lo ratificó expresamente cuando decidió enviarlos en misión (primero a los doce apóstoles y luego a los setenta y dos discípulos). Y antes de ir a la presencia del Padre, una vez resucitado, les prometió nuevo poder cuando los visitara el Espíritu Santo.

Ahora bien, la dación de ese poder no era para que se sintieran poderosos, aunque así se sintieron (Lucas 10.17). Jesús sabía muy bien que la posesión de poder puede llevar a un irresistible deseo de usarlo para beneficio propio. Por eso, cuando les anuncia a sus discípulos que iban a recibir poder, de una vez les aclara el propósito: sería poder para ser testigos; es a saber, poder para servir.

La tentación estaba servida... y algunos sucumbirían, como sucedió con Simón el mago, de quien habla el libro de los Hechos. Por una parte, dice el relato que Simón creyó y fue bautizado (8.13); y por otra, que ofreció dinero para comprar el poder que él veía que los apóstoles poseían: “Concededme también a mí el poder de que, cuando imponga las manos a alguno, reciba el Espíritu Santo” (8.19).

La tensión —que no debe romperse— es *querer* usar el *poder* que se nos haya concedido para ponerlo al servicio del Reino y de su Rey.

4. Separación y contacto

“Jesús extendió la mano y lo tocó” (v. 3).

El leproso se acerca a Jesús pero mantiene la distancia. Si, como los textos indican, la escena tuvo lugar en presencia de otros seguidores de Jesús, podemos imaginarnos la reacción de asombro y temor que debió sobrecogerles. Quizás también de enojo, ante la osadía de aquel hombre.

En los Evangelios encontramos varias historias en las que se explicita el hecho de que Jesús tocó a algunas personas, sobre todo a personas a las que los demás rehuían tocar (véanse, entre otros, estos relatos: Mateo 9.18-19,23-26; 9.27-31; 20.29-34). También leemos de otros casos en los que Jesús se dejó tocar, para escándalo de quienes observaban las respectivas escenas (Lucas 7.36-50). Se nos dice, además, en esos mismos textos, que había personas que procuraban tocar a Jesús o, al menos, tocar el borde de su manto, porque creían que así podrían ser sanadas (Mateo 14.34-36; 9.20-22).

Que Jesús no necesitaba tocar a un enfermo para sanarlo se hace evidente en el hecho de que en algunas ocasiones realizó curaciones a la distancia. Es el caso, por ejemplo, de la sanidad del siervo del centurión, pues Jesús, sin entrar en la casa de aquel oficial romano, le dice a este que se haría tal como había creído (Mateo 8.5-13). Lucas registra otra historia en que diez personas, leprosas todas ellas, son sanadas mientras iban a presentarse al sacerdote, según les había ordenado Jesús que hicieran (Lucas 17.11-19). Y Juan (capítulo 9) incluye otra historia de sanidad en que hay contacto (Jesús “escupió en el suelo, hizo un poco de lodo y lo extendió sobre los ojos del ciego”), pero la curación misma no ocurre en ese momento, sino cuando el ciego, en obediencia a lo que el Señor le había mandado, fue al estanque de Siloé y allí se lavó. Jesús ya no estaba con él.

De todos esos relatos podemos colegir que el “toque”, el contacto físico, tenía un significado especial e importante en la cultura en la que Jesús vivió, y en particular para él mismo.

Volvamos a nuestro milagro de sanidad parabolizado.

A pesar de lo que se establecía en la legislación levítica y en las normas de la tradición, Jesús, en gesto insólito, alarga su mano y toca al leproso. Puesto que este estaba arrodillado, lo toca, probablemente, en su cabeza y, al mismo tiempo, pronuncia la palabra sanadora: “Quiero. Queda limpio”.

Tocar a un leproso significaba volverse ritualmente leproso. Y eso le sucedió a Jesús.

El “toque” se convierte de esta manera en símbolo de identificación y solidaridad: Jesús se hace leproso para sanar al leproso.

El cardenal Jorge Bergoglio —el actual papa Francisco— cuenta la siguiente experiencia:

Quando se da un diálogo espiritual con una persona, yo suelo preguntarle si da limosna. Si me dice que sí, le hago dos preguntas, y es curioso cómo ahí titubea la mayoría: “¿Usted mira a los ojos de la persona a quien le da la limosna?”. Después de pensar un momento, generalmente responden: “No”. Y la segunda pregunta es:

“¿Alguna vez le tocó la mano a la persona a quien le da la limosna?”. Y la respuesta es: “No, nunca le toqué la mano”. La carne no está, doy algo a un necesitado a quien no miro a los ojos y a quien no toco, por las dudas.

(Jorge Mario Bergoglio- Francisco, *Biblia, dialogo vigente-la fe en tiempos modernos. Conversaciones con Abraham Skorka y Marcelo Figueroa*. Marcelo Figueroa, compilador. Buenos Aires: Grupo Editorial Planeta, 2013; pp. 47s.)

En Jesús no hubo ningún “por las dudas”. Para él, el toque era como decirle a la otra persona: “Yo asumo como propia tu situación, me hago solidario contigo en tu necesidad”. Y en ese acto, Jesús redime.

Hay un dato sumamente interesante en el contexto del relato de este milagro según lo cuenta Marcos. En efecto, ha escrito que

“de madrugada, antes del amanecer, Jesús se levantó y, saliendo de la ciudad, se dirigió a un lugar apartado a orar. Simón y los que estaban con él fueron en su busca y, cuando lo encontraron, le dijeron:

—Todos están buscándote.

Jesús les contestó:

—Vayamos a otra parte, a las aldeas cercanas, para proclamar también allí el mensaje, pues para eso he venido.

Así recorrió toda Galilea proclamando el mensaje en las sinagogas y expulsando demonios. (Marcos 1,35-39)

Y a continuación narra la sanidad del leproso.

Primero, Jesús se separa de todos para estar a solas y orar a su Padre. Luego, sale a anunciar las buenas nuevas y realizar obras de misericordia... y toca al leproso. Como alguien ha dicho: se vuelve *solitario* para encontrar las fuerzas necesarias para hacerse *solidario*.

O sea, en su propia vida Jesús vive la experiencia de la tensión dinámica entre “separación” y “contacto”, entre soledad y solidaridad.

Y así debe ser también la vida de quien sea seguidor del Nazareno.

Mayo, 2015